

tendre que no podia deixar de besar-te per comoditat.

Tornaves a tenir la mirada fixa, quasi de pedra.

Quan vaig veure que els teus ulls es movien, vaig comprendre que la mica de vitalitat que encara hi havia sota l'esguard, quasi un esguard de vidre, era l'indici que allà dintre, potser s'hi amagava un punt d'esperançada vida. I vaig decidir que et besaria sobre els llavis, encara que tinguessis les dents petites com un pinyol de poma.

«El bes de la Bella —pensava— pot rompre l'encís, i recobrarà el príncep l'antiga forma humana.»

Llavors, em començaren a venir malpensaments: «I si jo no fos bella, a bastament? —em preguntava—. ¿Si la força del meu bes no tingués el poder de desfer l'encís? La senyoreta Mònica em va dir que ho era, la Bella, i em va fer prendre part en una representació en la qual el príncep tenia el cap de porc. Després que el vaig haver besat el públic va dir —i això que era un públic tot de pares i mares— que aquell príncep semblava més un porc després del desencís, que no abans del bes».

Quan vaig veure que els teus ulls es movien, vaig decidir alçar les puntes

dels peus i estirar el coll. Vaig allargar els llavis i vaig besar-te lentament. Tenies la boca peluda i vaig sentir sobre la pell del bes la duresa de les teves dents minúscules.

Vaig conèixer tot d'una que eres una pell morta, perquè mai no havia somiat que un bes pogués contenir tanta fredor. Llavors vaig comprendre que tenies els ulls de vidre i l'esguard de pedra.

No et vas tornar un príncep, després de la besada. I ningú no va sentir aquell tro que esperàvem.

Naturalmente, tu no eres la bèstia.

Tú no eras la bestia

Nunca sabré con exactitud si los ojos con que me miraste, aquella tarde, eran de cristal.

Lo pensé enseguida que te vi: tenías la mirada fija, petrificada.

Y dije:

—Estos ojos son de cristal. Seguro: estos ojos son de cristal.

Te observaba fijamente. Entonces vi que se movían poco a poco.

Pensé: «se mueven con lentitud y cambian de postura misteriosamente». Más de una vez me he preguntado: ¿qué querían saber? He oído decir que en la penumbra secreta de unos ojos siempre se esconde un interrogante; pero yo no era capaz de saber qué se escondía —no lo soy aún— detrás del movimiento incierto de tus pupilas.

¿Por qué nos encontramos, aquella tarde misteriosa?

Subí al autobús, en la parada que hay justo cerca de casa. Mi madre me había dicho:

—Cuando termines las clases, coge el autobús y ven a buscarme a casa de los señores.

Mi madre trabaja en casa de unos señores: les lava la ropa, les prepara la comida, les limpia el cuarto de baño, da un tirón a las sábanas y a las mantas de la cama... bueno, el tirón a las sábanas y a las mantas se lo da en casa, porque viene muy cansada, mi madre, con tanto trabajo. Aquel día mi madre había pedido permiso para salir un poco más pronto, antes de que cerraran las tiendas.

Me había dicho:

—Cuando termines las clases, coge el autobús... El frío ha llegado inesperadamente y tú necesitas un jersey de lana. Esta tarde iremos a comprarlo.

Subí al autobús.

En aquella hora iba lleno de gente. Me metí como pude entre las piernas de un señor hasta que encontré un poco de espacio. El autobús reemprendió la marcha.

Cuando levanté la vista, te descubrí. Tú me observabas la mirada inmóvil. Recuerdo que te sonreí, pero tú no me devolviste la sonrisa, aunque tenías los dientes pequeños, tan pequeños como las pepitas de una manzana. Al ver que no me sonreías, me levanté sobre la punta de los pies y te dije al oído:

—Soy Berta, ¿no lo sabes?

Pero tú continuaste observándome con indiferencia.

Continué:

—Sabía que más tarde o más pronto, de todas formas íbamos a encontrarnos cara a cara. Porque soy Berta, ¿sabes?

Cuando te descubrí, tú ceñías el cuello de una señora. Era una mujer gruesa que llevaba unos zapatos de tacón, un vestido azul y la piel de una bestia salvaje que le rodeaba el cuello. Tú eras la bestia y tu cabeza colgaba sobre la espalda de la señora.

Te dije de nuevo:

—Soy Berta, ¿sabes?

Y te clavé la mirada en los ojos muy fijamente, antes de decir nada más, en tus ojos de cristal.

Entonces, volví a sonreírte y pensé que tú eras la bestia a la que yo podría deshacer el hechizo, sólo que me levantara un poco sobre las puntas de los pies y te besara tiernamente en la boca, aunque tuvieras aquellos dientes minúsculos.

Si lo conseguía, tú te convertirías de pronto en un príncipe galante, y el autobús haría el trueno más grande que jamás se habría escuchado en un autobús. Y, al desaparecer el humo, porque el autobús se llenaría de humo después del portento, la señora del vestido azul se sorprendería al ver que llevaba un príncipe envuelto por el cuello. Tal vez comenzaría a gritar, la señora; que yo conozco la forma que tienen de gritar, estas mujeres.

Pensé durante un tiempo si me convenía besarte en la boca y llevarme un príncipe desencantado a casa. «¿Qué voy a hacer con un príncipe?», me preguntaba. Finalmente, comprendí que era mi deber y entendí que no podía dejar de besarte por comodidad.

Volví a tener la mirada fija, casi de piedra. Cuando vi que tus ojos se movían, comprendí que la porción de vitalidad que todavía guardabas bajo la mirada, una mirada casi de cristal, era el indicio de que allí dentro tal vez se escondía un punto de esperanzada vida.

Y decidí besarte en los labios,

aunque tuvieras los dientes pequeños como una pepita de manzana.

«El beso de la Bella —pensaba— puede romper el hechizo, y recobrará el príncipe su antigua forma humana.»

Entonces comencé a pensar maliciosamente: «¿Y si yo no fuera suficientemente bella? —me preguntaba—. ¿Si la fuerza de mi beso no tuviera el poder de deshacer el hechizo? La señorita Mònica me dijo que yo era la Bella y me obligó a tomar parte en una representación en la que el príncipe tenía la cabeza de cerdo. Después de besarlo, el público dijo —y eso que era un público de padres y madres— que aquel príncipe se parecía más a un cerdo después de romper el hechizo, que antes del beso».

Cuando vi que tus ojos se movían, decidí levantar las puntas de los pies y estirar el cuello. Alargué los labios y te besé lentamente. Tenías la boca peluda y sentí sobre la piel del beso la dureza de tus dientes minúsculos.

Entendí enseguida que no eras más que una piel muerta, porque jamás había soñado que un beso pudiera contener tanto frío. Y comprendí que tenías los ojos de cristal, la mirada de piedra. No te volviste un príncipe, después de besarte. Y nadie pudo escuchar aquel trueno que todos esperábamos.

Naturalmente, tú no eres la bestia.